

Fabio Wasserman*

▷ “Las prendas jeniales de nuestra sociedad”: representaciones del pasado e identidad nacional en el discurso de las elites político-letradas chilenas (1840-1860)¹

Resumen: Este trabajo se propone describir y analizar las representaciones del pasado elaboradas por las elites político-letradas chilenas en las décadas de 1840 y 1850. Para ello ponemos de relieve dos cuestiones estrechamente relacionadas entre sí. Por un lado, el impulso que le dio el Estado al desarrollo de actividades orientadas al conocimiento y la difusión del pasado nacional, especialmente a través de la Universidad de Chile. Por el otro, el consenso que había en las elites chilenas en torno a la existencia de rasgos idiosincrásicos que se habrían ido delineando durante el período colonial, hasta cobrar forma y expresión al calor de las luchas independentistas. En ese sentido, nos detuvimos en el examen de cómo eran representados aquellos fenómenos capaces de aportar a la construcción de esa identidad, a la vez que planteamos las dudas y los problemas que traía aparejados esa búsqueda.

Introducción: política, cultura e identidad nacional

Constituye una tradición en los estudios históricos hispanoamericanos resaltar la excepcionalidad de la experiencia política chilena en el período post-independentista. Esto se debe a que la temprana consolidación institucional alcanzada durante la década de 1830 distinguió su derrotero del que signó en esos años a las convulsionadas repúblicas surgidas en el territorio de las antiguas colonias españolas. Si bien los constantes conflictos que sacudieron las nacientes repúblicas también lo hicieron con la de Chile, en

* *El licenciado Fabio Wasserman es investigador del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” y docente de Historia Argentina I en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Autor de Formas de identidad política y representaciones de la nación en el discurso de la Generación de 1837 (1998). Correo electrónico: fwasserm@filo.uba.ar.*

¹ Este trabajo forma parte de una investigación destinada a analizar y comparar las condiciones de producción y los contenidos de las representaciones del pasado elaboradas en Chile y el Río de la Plata entre 1830 y 1860. De la misma forma parte mi tesis doctoral en curso: *Historia, memoria e identidad: representaciones del pasado en el discurso de las elites políticas y letradas rioplatenses (1830-1860)*. La investigación fue iniciada con una beca de perfeccionamiento de la Universidad de Buenos Aires y continúa con una beca de formación de postgrado del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas).

este caso no llegaron a afectar el reconocimiento del poder central estatal, encarnado en un ejecutivo con capacidad para hacer reconocer su autoridad.² De ese modo, y así también era percibido por los contemporáneos, Chile se había convertido en un caso singular en el seno de una Hispanoamérica en la que no sólo estaba en disputa el acceso al poder político, sino también la definición y la construcción de sus marcos institucionales, territoriales y conceptuales.

Claro que este orden no surgió espontánea ni inmediatamente tras la declaración de la independencia en 1818. Por el contrario, la década de 1820 se caracterizó por la profundización de las luchas regionales, facciosas y familiares que ya habían dividido a las elites chilenas durante los años anteriores, lo cual derivó en una sucesión de gobiernos y de constituciones que obedecían a intereses y orientaciones ideológicas diversas. Hacia 1830, se puso fin a esta situación tras el triunfo de los conservadores en la batalla de Lircay, lo cual no sólo provocó la derrota política y militar del partido liberal, sino también la persecución y el exilio de sus más importantes dirigentes. De ese modo, un renovado partido conservador, guiado por Diego Portales, dio inicio a un prolongado ciclo de estabilidad política caracterizado por la concentración y la centralización del poder en manos del ejecutivo nacional, al que la Constitución de 1833 proveyó de amplias facultades que ningún presidente dudó en ejercer. Entre otras cuestiones, esto permitió resolver uno de los principales factores de inestabilidad de las repúblicas hispanoamericanas, como lo era la sucesión de autoridades. Así, y a diferencia de las convulsionadas repúblicas vecinas, Chile fue gobernada durante varias décadas por presidentes que ejercieron el mando durante dos períodos consecutivos de cinco años cada uno: José J. Prieto (1831-1841), Manuel Bulnes (1841-1851), Manuel Montt (1851-1861); José J. Pérez (1861-1871). Claro que esta sucesión no implicó la ausencia de conflictos por el acceso al poder y por la orientación de las políticas públicas, sino que los mismos pudieron ser resueltos, incluso cuando se produjeron levantamientos o motines como los de 1851 y 1859.

La estabilidad política e institucional chilena tuvo también consecuencias en otros órdenes de la vida social. Basta pensar en la trayectoria del venezolano Andrés Bello, quien quizás se haya constituido en la figura más importante de la *República de las Letras* hispanoamericanas durante esos años y cuya obra más significativa la produjo en suelo chileno entre las décadas de 1830 y 1860. Lo que queremos hacer notar con esta referencia personal es la existencia de condiciones favorables para la construcción de un entramado institucional y para el desarrollo de producciones culturales que, nuevamente, revela aquello de lo que carecían otras repúblicas hispanoamericanas. Así, aunque en los países vecinos existían letrados y publicistas tanto o más capacitados que los chilenos, sus actividades estaban pautadas por otras condiciones de producción, motivo por el cual sus discursos y sus prácticas también cobraban sentidos divergentes, como pudieron experimentarlo numerosos rioplatenses opositores a Rosas que encontraron refugio en Chile durante la década de 1840.

² Sin que sea este el lugar donde se puedan desarrollar las causas que facilitaron el proceso de concentración e institucionalización del poder, cabe destacar la confluencia de factores históricos, sociales, económicos, políticos y geográficos. Para una revisión de la historia del período, cfr. Collier (1983; 1989) y Collier/Sater (1996). Dentro de la tradición historiográfica chilena del siglo XX, se pueden encontrar análisis muy ricos en sugerencias de su vida política en los ensayos de Alberto Edwards (1953) y Mario Góngora (1986).

En esa década, y tras la conmoción creada por el asesinato de Portales en 1837 que, contra lo previsto, no afectó el poder conservador que se afianzó en 1839 con el triunfo de las armas chilenas sobre las de la Confederación Peruano-boliviana, se produjo la consolidación de ese orden político. Esta fortaleza facilitó también que bajo la presidencia de Bulnes se propiciara una tibia apertura del régimen, lo cual no implicó en modo alguno que el Estado resignara sus medios coercitivos. Dicha apertura se caracterizó por la flexibilización de las restricciones impuestas a los antiguos opositores y por la presencia de nuevos actores que enriquecieron y modernizaron la vida política y cultural chilena. Esta renovación cultural suele ser cifrada en el año de 1842, al que se considera un momento clave en el desarrollo político-cultural chileno, en especial en lo que hace a la conformación de una conciencia nacional. Tanto es así, que la misma ha sido utilizada para nominar a la generación que la protagonizó (Pinilla 1942). Los fenómenos producidos alrededor de ese año fueron varios, pero todos ellos confluyeron en la conformación de una nueva manera de pensar la sociedad chilena –su pasado, su presente, su destino–, fomentada a su vez por la creación de instituciones y el desarrollo de prácticas y debates también novedosos. Fue en ese año, por ejemplo, cuando varios jóvenes se agruparon bajo la dirección del liberal José V. Lastarria en una *Sociedad Literaria* con el propósito de desarrollar un programa cultural de carácter nacional. Al mismo tiempo, se produjeron una serie de debates entre chilenos y rioplatenses exiliados en torno a diversas cuestiones estéticas e ideológicas, como la así llamada “polémica del romanticismo” (Pinilla 1943). A pesar de su virulencia verbal, la cual se potenció por recelos mutuos, estas discusiones crearon nuevas posibilidades de intervención en el incipiente espacio público chileno para jóvenes de ambos lados de la Cordillera quienes pudieron expresar sus opiniones a través de una prensa en muchos casos dirigida por ellos mismos.

Pero el principal acontecimiento político-cultural producido en 1842 provino de una iniciativa estatal. Nos referimos a la creación de la Universidad de Chile que reemplazó a la de San Felipe, regida por valores más cercanos a los de la Colonia que a los de la República, por lo que ya no se adecuaba ni al nuevo clima cultural ni a las necesidades de una sociedad y de un Estado en vías de modernización. Una de las peculiaridades de esa institución, oficialmente inaugurada en 1843, fue la presencia en sus claustros de notorias figuras del conservadurismo gobernante, pero también la de no pocos opositores de raigambre liberal. Esta convivencia fue posible no sólo por tratarse de una institución en la que se suponía que el saber debía anteponerse a las diferencias personales y políticas, sino también por la existencia de un horizonte ideológico en común dentro del cual los miembros de la elite podían articular diversas propuestas (Stuven 1990).³ De ese modo, y a pesar de sus diferencias, conservadores y liberales compartían un conjunto de ideas y de valores entre los que se destacaron la adhesión al régimen republicano de

³ Esta caracterización no implica desconocer la existencia de importantes discrepancias relativas al poder que tenían el ejecutivo y la Iglesia, así como también las referidas al carácter rígido y jerárquico de una estructura socioeconómica en la que pocas familias concentraban el poder político, social, económico y cultural (Donoso 1975). Precisamente, estas cuestiones constituyen el núcleo crítico de la *Sociabilidad Chilena*, publicada por Francisco Bilbao en 1844 en el periódico *El Crepúsculo*. La particularidad de esta obra, fue haber traspasado en forma radical los límites del consenso ideológico, lo cual le valió ser perseguido y acusado de los delitos de blasfemia, inmoralidad y sedición, aunque de este último fue absuelto.

gobierno; la exaltación del orden social y político como meta de la acción pública; la aceptación, más o menos crítica, del catolicismo –aunque en este punto se produjeron importantes diferencias en relación al papel de la Iglesia–; la asignación de un rol activo al Estado en áreas como la educación; el reconocimiento de la pertenencia al mundo occidental; y la necesidad de dar forma a una conciencia o una identidad nacional.

En relación a este último punto, dicho consenso tenía como presupuesto la existencia de un conjunto de rasgos idiosincrásicos que, si bien se remontaban al pasado colonial, se consideraba que habían cobrado forma y se habrían expresado al calor de las luchas independentistas. Así, y conjuntamente con la noción de Chile como un territorio dotado de unidad, habría surgido también en esos años la noción del chileno como un tipo social determinado con atributos específicos que lo singularizaban, especialmente como amante del equilibrio, el orden y la moderación, amén del patriotismo y belicismo legado por siglos de lucha contra los indígenas (Krebs 1984; Góngora 1986), atributos identitarios cuyo desarrollo y definición fueron favorecidos por el accionar estatal a lo largo del siglo XIX, en términos de lo que actualmente se entiende como procesos de invención de la nación o de construcción de la misma como *comunidad imaginada* (Anderson 1993: 23). Dentro de este accionar se destacó el fuerte apoyo que tuvo el estudio, la institucionalización y la difusión del pasado nacional. De ese modo, se puede entender la proliferación de estudios históricos que, si bien dieron lugar a muy diversos relatos del pasado chileno, compartían como presupuesto la existencia de una especificidad que era mayormente rastreada en la impronta singular que había implicado la experiencia colonial en ese territorio marginal del mundo hispanoamericano y, más aún, en el no menos singular proceso independentista. A su vez, el señalamiento de este derrotero, que se pensaba como una variante original dentro de una historia compartida con el resto del continente, permitía también resolver una de las mayores dificultades que se les planteaba a las nacientes repúblicas en lo que hacía a la definición de sus identidades: cómo distinguirse unas de otras, habida cuenta la existencia de elementos étnicos, culturales, religiosos, lingüísticos e históricos en común.

En este trabajo nos proponemos describir y analizar brevemente algunas de las representaciones del pasado elaboradas por las elites político-letradas chilenas en las décadas de 1840 y 1850⁴, es decir, los años iniciales en los que se dio impulso al conocimiento histórico nacional. Para ello, nos referiremos a dos aspectos que distinguieron el modo en el que las elites chilenas dieron cuenta de su pasado: por un lado, el rol del Estado y de la Universidad como agentes impulsores de su conocimiento y difusión; por el otro, el intento de que dichas representaciones pudieran constituir un aporte para la construcción de un imaginario nacional, si bien, como se verá, esta operación también provocaba dudas y problemas de difícil resolución.

⁴ Caracterizamos a dichos sectores de las elites como *político-letradas*, por la capacidad de sus miembros para articular discursos que pudieran tornarse socialmente significativos y por pertenecer, estar cercanos o servir a alguna de las facciones en pugna o al Estado en alguno de sus niveles administrativos, situaciones a las que difícilmente podían sustraerse los productores de bienes simbólicos en la Hispanoamérica de ese período, dada su falta de autonomía con respecto a la política (Ramos 1989). En cuanto a la conceptualización de nuestro objeto de estudio, consideramos que es de mayor pertinencia referirse al mismo como *representaciones del pasado* ya que está constituido por textos cuya heterogeneidad impide que puedan ser calificados como *discurso histórico* o *historiografía*.

El Estado y el conocimiento del pasado

Como ya notamos, la fuerte presencia estatal se convirtió en una de las marcas distintivas de la experiencia cultural chilena. Así, en lo que hacía al estudio del pasado, se puede percibir como ya en la década de 1830 el Estado intentó alentar su conocimiento y difusión; interés que se incrementó tras la derrota de la Confederación Perú-Boliviana que motivó el predominio militar y comercial chileno en el Pacífico sur y, a la vez, el afianzamiento de un renovado orgullo nacional. En ese sentido, se destacaron dos intentos, si bien de resultados dispares. El primero es la publicación en 1834-5 de 5.000 ejemplares de la obra del padre José Javier Guzmán y Lecaros denominada *El chileno instruído en la historia topográfica, civil y política de su país*. Es de notar que a pesar de su numerosa tirada y de haber sido utilizado durante varios años como instrumento de enseñanza, este texto tuvo poca aceptación, tanto por sus contenidos que repetían acríticamente crónicas anteriores, como por su estructura narrativa en forma de un diálogo tío-sobrino. La otra iniciativa tuvo como resultado una obra más compleja y de más largo aliento: la *Historia física i política de Chile* encomendada al naturalista francés Claudio Gay, publicada en París entre 1844 y 1871 con dos tomos de anexo documental. Este científico había sido contratado por el Estado a principios de la década de 1830 para desarrollar una investigación de diversos aspectos físicos y naturales del territorio chileno. Sin embargo, hacia 1839, y a pesar de no ser su especialidad, el ministro de Instrucción Pública Mariano Egaña, le pidió que ampliara su trabajo hacia la concreción de una historia de Chile. En consecuencia, durante las décadas siguientes se dedicaría a investigar y escribir dicha historia, que se transformaría en uno de los puntos de referencia de las polémicas referidas al pasado chileno y al modo más conveniente de investigarlo y de narrarlo.⁵

Claro que el interés del Estado por la historia chilena e hispanoamericana, no sólo obedecía a una concepción según la cual su conocimiento era de suma importancia para el desarrollo cultural y para el afianzamiento de la identidad nacional.⁶ También respondía a fines más inmediatamente pragmáticos, los cuales eran compartidos por el resto de las nacientes repúblicas; entre ellos, el de legitimar aspiraciones territoriales frente a las repúblicas vecinas y el de hacerse conocer —y reconocer— por las potencias europeas, ya sea por motivos culturales, políticos o económicos. Esta cuestión ocupó largamente a Andrés Bello, quien dedicó varios trabajos a lamentar y refutar las noticias erróneas que

⁵ Para un panorama de la historiografía chilena del período véanse Ávila Martel (1947-8); Feliú Cruz (1965a y 1965b).

⁶ Egaña hizo explícito este propósito en la respuesta que le dio a Gay cuando éste le consultó si creía que el pasado de Chile había significado algo para la historia de la civilización: “Ciertamente, ese aporte es algo. La civilización española se salvó en Chile de pasar a manos de los holandeses o de los ingleses en la época del filibusterismo. Las guerras de Arauco durante casi tres siglos hirieron de muerte el concepto imperial castellano al doblegar el orgullo de las armas españolas, que desde entonces perdieron fe en la invencibilidad. Después fue en Chile donde se dieron las dos batallas decisivas de la libertad de América: Chacabuco y Maipo. La expedición Libertadora del Perú hizo imposible la continuación del imperio español en este continente. Además, actualmente es Chile el único país organizado en estos momentos que existe en América, sometido a un régimen jurídico y respetuoso de su sistema republicano. Es, pues, algo lo que Chile ha dado a la civilización europea”, en Feliú Cruz (1965b: XXII-XXIII).

circulaban sobre América en Europa.⁷ Por ejemplo, en una nota editorial publicada en el periódico oficial *El Araucano* a principios de 1842, y que estaba supuestamente destinada a rememorar la batalla de Chacabuco que había abierto la posibilidad de liberar a Chile en 1817, su argumentación se desviaba de ese propósito para realizar una alabanza de los Estados chileno y venezolano, que habían logrado consolidar un orden social y político que los distinguía del resto de América y los hacía acreedores de reconocimiento en el mundo civilizado. Pero eso no sólo por haberse constituido en un modelo para las repúblicas vecinas, sino también como objeto de interés para una Europa cuyo exceso de población y de capitales requería de nuevas zonas de inversión y migración que, claro está, debían gozar de orden y estabilidad (Bello 1957: 117-124).

La Universidad de Chile y los estudios históricos

Bello sería también quien, un año después, asumiría como primer rector de la Universidad de Chile, a la que el Estado asignaría una función estratégica en el desarrollo cultural chileno (Serrano 1993; Serrano/Jaksic 1990). Para dar cuenta de cuáles eran las expectativas que se tenían en relación a esa institución y a su capacidad de incidir en la vida de la nación, cabe recordar que a la misma se le encomendaron muy diversas funciones, entre las cuales la no menos importante fue la de regir la enseñanza en todos sus niveles.⁸ Asimismo, se la concibió como impulsora activa del desarrollo científico y cultural. En ese sentido, se asignó a cada una de sus facultades la realización de actividades destinadas al estudio y la difusión de diversos aspectos de la realidad chilena. Así, por ejemplo, a la Facultad de Humanidades se le encargó promover las humanidades en los institutos y colegios nacionales, prestando especial atención a la lengua, la literatura nacional, la historia y la estadística; y a la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas se le adjudicó el estudio de la geografía y de la historia natural, la construcción de obras públicas y el gobierno y custodia del Museo Nacional. Pero para poder apreciar el papel protagónico que tuvo la Universidad en el desarrollo cultural chileno —y la necesidad del apoyo estatal—, hay que considerar que su creación no tuvo como fin representar, captar o sistematizar actores, prácticas, discursos y saberes ya existentes en el seno de la socie-

⁷ Numerosos políticos y publicistas criticaban el desconocimiento que tenían los europeos tanto de Chile como de América en general. Vicente Pérez Rosales, por ejemplo, recordaba en sus pintorescas memorias un episodio que le había sucedido en 1830, cuando un empleado francés no le había querido sellar el pasaporte ya que ignoraba la existencia de Chile y sólo lo había hecho cuando el chileno *admitió* que era en verdad mexicano. De ahí concluía que “Chile era tan poco conocido en Europa en 1830, como lo es para los chilenos en el día la geografía de los compartimientos lunares. [...] Para la abrumadora mayoría del hombre europeo, sólo hay en la América española dos naciones: Perú y México; y Perú y México en el diccionario de esos sabios son sinónimos de oro y de revoluciones [...]” (Pérez Rosales 1946: 121).

⁸ Los objetivos de esta enseñanza excedían, y en mucho, los de la mera adquisición de habilidades y conocimientos: “Desde 1840 el Estado inició una fuerte política de escolarización, cuyo objetivo, queremos sugerir, era romper los lazos comunitarios de tipo tradicional y forjar unos nuevos, basados en la racionalidad de la cultura escrita; era construir una sociedad de individuos que se comportasen racionalmente en el espacio privado, identificado con la familia y el trabajo, y en el espacio público, identificado con la ciudadanía y la manutención del orden social” (Serrano 1998: 341-342).

dad; muy por el contrario, se propuso crearlos, lo cual explica la importante presencia cuantitativa y cualitativa de letrados y científicos extranjeros en sus claustros.

En cuanto a nuestro objeto de interés, cabe señalar que entre las tareas desarrolladas por la Universidad se destaca el impulso que dio a la creación y difusión de conocimientos sobre el pasado chileno. El artículo 28° de su Ley Orgánica establecía que anualmente un autor designado por el rector debía dar cuenta de “alguno de los hechos más señalados de la Historia de Chile, apoyando los pormenores históricos en documentos auténticos y desenvolviendo su carácter y consecuencias con imparcialidad y verdad”. Esta intención fue casi escrupulosamente respetada desde que José V. Lastarria presentó en 1844 sus *Investigaciones sobre la Influencia social de la conquista i del Sistema colonial de los españoles en Chile*, intervención que, como se verá luego, más que un discurso de ocasión significó una verdadera tesis sobre el pasado colonial y sobre su aciaga influencia en el presente. Aunque no de la misma envergadura, año tras año siguieron presentándose obras de contenido histórico –salvo en el conflictivo 1851, cuando se produjeron levantamientos contrarios a la designación de Montt como presidente–, las cuales fueron producidas y reconocidas académicamente bajo el género de *Memorias*.⁹ Estos trabajos fueron publicados, al menos parcialmente, en los *Anales de la Universidad de Chile*, aunque muchos de ellos fueron también editados como libro o folleto. Asimismo, también tuvieron cabida en los *Anales* otros ensayos históricos estimulados por la institución o avalados por la misma a través de la concesión de premios, a lo que se debe añadir la publicación de los discursos de recepción de los nuevos miembros destinados a dar cuenta de sus predecesores ya fallecidos y, así, del pasado más reciente.

De ese modo, el órgano oficial de la Universidad se transformó en un medio importantísimo de difusión de conocimientos sobre el pasado chileno.¹⁰ Ahora bien, la trascendencia de esta producción no debe medirse tanto por su calidad, la cual fue muy despareja y mereció no pocas críticas de sus contemporáneos, sino más bien por sus efectos en la vida político-cultural chilena. En ese sentido, constituía un corpus que servía de referente a la hora de dar cuenta del pasado chileno, en especial el del período independentista. Pero estas obras no sólo dieron pie a debates históricos en los que se ponían en cuestión sus contenidos, sino que también motivaron polémicas historiográficas referidas a cuestiones teóricas o metodológicas: qué fuentes utilizar, qué aspectos del pasado priorizar,

⁹ Las siguientes fueron: “Memoria sobre las primeras campañas de la guerra de la Independencia de Chile”, por D. J. Benavente, 1845; “Memoria sobre la primera Escuadra Nacional”, por A. García Reyes, 1846; “Memoria sobre el primer gobierno nacional”, por Manuel A. Tocornal, 1847; “Memoria sobre el servicio personal de los indígenas y su abolición”, por José H. Salas, 1848; “Memoria histórico-crítica del Derecho público chileno”, por Ramón Briseño, 1849; “Chile desde la batalla de Chacabuco hasta Maipo”, por Salvador Sanfuentes, 1850; “Historia de la enseñanza en Chile”, por Valentín García, 1852; “La dictadura de O’Higgins”, por Miguel L. Amunátegui, 1853; “La expedición al Perú en 1820”, por Alejandro Reyes, 1854.

¹⁰ También se debe tener presente que en tanto rectora de la enseñanza en todos los niveles, la Universidad encargó la redacción y la traducción de manuales de historia, ya sea chilena o universal: en 1845 Vicente Fidel López publicó su *Manual de istoria [sic] de Chile*; en 1847 Jacinto Chacón publicó una *Introducción al estudio de la Edad Media*; en 1848 Juan Bello tradujo el *Compendio de Historia Moderna* de Michelet; en 1849 Sarmiento tradujo el *Manual de la historia de los pueblos antiguos y modernos* de Levy Alvarez al que le agregó un breve anexo con la historia de Chile; y en 1850 Andrés Bello publicó el *Compendio de la historia de la literatura*.

cómo narrarlos, qué enfoque privilegiar. Entre todas estas discusiones, se destacaron las polémicas desarrolladas en la década de 1840 entre Andrés Bello por un lado y José V. Lastarria y Jacinto Chacón por el otro. Las mismas tuvieron como eje de debate la conveniencia o necesidad de desarrollar una historia de raigambre filosófica o erudita, cuestión sobre la cual también se pronunciaron otros autores a lo largo de esos años (Colmenares 1997: 1-15; Woll 1974 y 1982). Pero para que esta y otras polémicas pudieran llevarse a cabo, eran necesarias ciertas condiciones. Entre ellas, el reconocimiento de la legitimidad del contrincante y la existencia de un terreno en común –ideológico e institucional– en cuyo seno pudieran estar contenidas ambas posiciones.¹¹ Como ya destacamos, estas condiciones habían adquirido mayor arraigo en Chile que en el resto de Hispanoamérica. Es por eso que las polémicas se pueden considerar no sólo como una mera expresión de diferentes opiniones, sino también como una práctica destinada a producir consenso en el seno de las elites, ya que dentro de un marco común podían articular propuestas alternativas –en este caso, históricas e historiográficas– que en otros contextos serían irreductibles.

En suma, tanto el accionar directo del Estado, como el indirecto a través de la Universidad, fomentó el conocimiento y la difusión del pasado chileno. Sin embargo, no fue el estatal el único impulso para el desarrollo de representaciones del pasado. La prensa periódica, por ejemplo, se transformó en un espacio de difusión y de discusión de diversos aspectos de la historia –especialmente referidos a episodios puntuales o a la vida de alguna personalidad–. A su vez, se desarrollaron otro tipo de iniciativas que tenían como propósito referirse a figuras, muchas de ellas vivas o recientemente muertas, que habían tenido un papel protagónico en el proceso independentista y en las luchas facciosas que caracterizaron la vida política entre 1810 y 1830. Cabe destacar en ese sentido que las biografías se constituyeron en el corpus más significativo a la hora de dar cuenta de ese pasado, cuestión que debe entenderse tanto a la luz de las concepciones historiográficas dominantes que se centraban en la vida de individuos eminentes o representativos, como a la importancia que tenía en Chile la dimensión familiar tanto en el plano político y social como en el identitario. Pero más allá de los diferentes registros en los que circulaban las representaciones del pasado y de las intenciones de sus autores, consideramos que no podría entenderse dicha discursividad sin incorporar en el análisis la dimensión estatal y el sentido dado por la misma, especialmente en lo que hacía a la conformación de una identidad nacional.

¹¹ No parece casual entonces que posiciones divergentes pudieran aparecer publicadas en un mismo libro. Este fue el caso, por ejemplo, del debate que involucró un texto de Lastarria dedicado a analizar el desarrollo político chileno entre 1810 y 1814 (Lastarria 1909b). El mismo había sido publicado en 1847 a raíz de un concurso convocado por la Universidad destinado a dilucidar “un punto de la historia de Chile”, lo cual fue aprovechado por el autor para aplicar nuevamente su teoría *filosófica* de la historia. Es por eso que la Comisión, partidaria de una historia más apegada a la reconstrucción empírica, lo aprobó, si bien con reparos. Este dictamen originó una polémica con el prologoísta y partidario del método de Lastarria, el también profesor de la Universidad, Jacinto Chacón. Lo notable es que todas las piezas fueron editadas en un mismo libro. Asimismo, el mismo generó a principios de 1848 una serie de notables artículos de Bello en el periódico oficial *El Araucano*, en los cuales no sólo apoyó el dictamen de la Comisión y criticó a Chacón, sino que también aprovechó el debate para exponer en detalle sus posturas sobre cuáles eran las características que debía asumir la incipiente historiografía chilena (Bello 1957: 219-261).

Cabe plantearse entonces cuáles eran los contenidos y la estructura de los relatos destinados a conformar una identidad nacional; es decir, ¿cómo imaginaban su pasado las elites chilenas?, ¿quiénes (ya fueran individuos o grupos sociales) formaban parte legítima del mismo?, ¿cómo creían que incidía la historia de Chile en su presente y en su futuro? Sobre estas cuestiones nos detendremos en las siguientes páginas.

El legado indígena

Uno de los primeros aspectos que llaman la atención en el imaginario de las elites chilenas es la ambigua valoración que hacían de la sociedad indígena, en especial en lo referido a su pasado y a sus conflictivos vínculos con la sociedad blanca. Y si llama la atención es porque, a diferencia de lo que cabría esperar, no eran pocos los letrados que, al igual que en los años de la independencia, se referían elogiosamente a la misma o a algunos de sus aspectos, al menos hasta fines de la década de 1850 cuando comenzó a plantearse con mayor fuerza la necesidad de expandir el dominio criollo hacia las tierras dominadas por pueblos indígenas (Quijada 1994: 47).

En líneas generales, se valoraban su espíritu de independencia y su carácter belicoso que habían dificultado su conquista ya que, a diferencia de las de México o Perú, los españoles se habían encontrado con pueblos de valientes que no estaban dispuestos a resignar su autonomía.¹² Asimismo, se aseguraba que ese afán de independencia había signado una vida colonial caracterizada por constantes conflictos entre ambas poblaciones, por lo que Chile era percibido como una sociedad de frontera en la que la guerra se había transformado en una suerte de segunda naturaleza de sus habitantes. Pero esto no era lo más importante ya que, más allá de que los chilenos republicanos pudieran vanagloriarse de algunos atributos de los pueblos indígenas que les habían permitido mantenerse refractarios al dominio blanco –generando a su vez una literatura que ya desde el período colonial expresaba esa peculiaridad–, lo que en verdad suponían es que su carácter belicoso, altanero y el amor a su tierra, se había trasladado a los pobladores criollos.

Ahora bien, esta valoración no era en modo alguno patrimonio exclusivo de los publicistas liberales –en ese sentido basta recordar que el periódico oficial del gobierno conservador se denominaba *El Araucano*–. Tampoco puede considerarse que se tratara de una mera referencia retórica –aunque en verdad, muchas veces sí lo fuera–, ya que algunos publicistas llegaron a admitir la posibilidad de integrar la población indígena a la nación chilena. Ese era el caso, por ejemplo, del polaco Ignacio Domeyko, miembro destacado de la Universidad de Chile de la que sería rector años más tarde, quien hacia 1845 dejó asentadas las impresiones que le causó un viaje con fines científicos y explo-

¹² Los conquistadores “[...] recibieron un desengaño terrible que irritó i mortificó su orgullo en alto grado: encontraron aquí hombres de bronce, en cuyos pechos rebotaban las balas de sus cañones [...]. En Chile no existía el indígena envilecido i pusilánime a quien bastaba engañar para vencer, mandar para esclavizar, sino un pueblo altanero i valiente, que léjos de correr a ocultarse en los bosques, esperaba a su enemigo en el campo abierto, porque se sonreía con la seguridad de vencerlo i de hacerle sentir todo el peso de su valor. Esta circunstancia tan notable influyó precisamente para diversificar la conquista de Chile de la del resto de la América” (Lastarria 1909a: 36). En ésta y en todas las citas se respetó la ortografía y la sintaxis de las fuentes de donde se las extrajo.

ratorio de las posibilidades colonizadoras a la región de Arauco. En el texto elaborado para dar cuenta de esa experiencia, y a través de tópicos ilustrados como el de considerar a los indígenas como menores de edad a quienes se debía guiar, aseguraba que éstos podrían ser integrados a través de la educación, la religión y la colonización. A su vez, discutía los prejuicios que sostenían que los indígenas eran incapaces de incorporar los valores católicos y republicanos de la sociedad criolla (Domeyko 1971: 102 y 106). Claro que esta posición, que iba mucho más allá de la valoración formal y retórica de los indígenas, sufrió importantes críticas, entre otras, la de Andrés Bello, quien la calificó de mera utopía filantrópica.

En suma, para un sector importante de la elite letrada chilena, el legado indígena —ya sea histórico o como artificio retórico— era un componente importante de su identidad como sociedad; lo cual la distinguía notoriamente de la del resto de Hispanoamérica en ese período.¹³ Tal legado podía ser transmitido directamente, cuando se consideraban herederos de algunas de sus cualidades; o, indirectamente, al destacar la impronta bélica dejada por la presencia indígena en la experiencia colonial chilena. Ahora bien, ¿cómo se representaban ese largo período?, ¿qué rasgos singulares encontraban en él, más allá del aportado por la constante guerra fronteriza?

La sociedad colonial entre el pasado y el presente

En términos generales, había consenso entre las elites hispanoamericanas republicanas de la primera mitad del siglo XIX en considerar el período colonial como un todo repudiable. Esta visión, que había cobrado forma al calor de la lucha por la independencia, sólo mereció críticas sistemáticas a fines de ese siglo y principios del siguiente, cuando comenzó a reevaluarse el sentido histórico de la presencia española y de su legado. En el caso chileno, sin embargo, esta apreciación debe ser matizada, ya que la caracterización del período colonial no fue uniforme y constituyó uno de los puntos de mayor tensión entre las diversas interpretaciones del pasado.

Como cabría esperar, fueron los publicistas liberales quienes elaboraron la visión más negativa de la sociedad colonial. Consideremos el que quizás constituya el texto emblemático de esa corriente: *Investigaciones sobre la Influencia social de la conquista i del Sistema colonial de los españoles en Chile* de Lastarria, que constituye un verdadero repertorio de los infinitos males causados —y legados— por el dominio español. Por eso, su texto está recorrido por imágenes e ideas que remiten a la depredación, el fanatismo, la

¹³ Este contraste se hace más evidente al considerar las reflexiones de rioplatenses exiliados en Chile. Por ejemplo, Sarmiento, en su reseña de las *Investigaciones...* de Lastarria, aseguraba que el indigenismo del chileno era un resabio ideológico del proceso revolucionario, y consideraba absurdo reivindicar la resistencia araucana a los españoles y seguir insistiendo en la leyenda negra. Y para que no quedara duda alguna sobre sus sentimientos, aseguraba que se debía “[...] apartar de toda cuestión social americana a los salvajes, por quienes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia, y para nosotros Colocolo, Lautaro y Caupolicán, no obstante los ropajes civilizados y nobles de que los revisitiera Ercilla, no son más que unos indios asquerosos, a quienes habríamos hechos colgar y mandaríamos colgar ahora, si reapareciesen en una guerra de los araucanos contra Chile, que nada tiene que ver con esa canalla” (Sarmiento 1948: 220).

Inquisición, la burocracia, la corrupción, la arbitrariedad, el monopolio, la ignorancia, etcétera. Aunque no en forma tan sistematizada, estos tópicos pueden encontrarse en casi cualquier autor de la época, incluso en obras que no tenían a la sociedad colonial como objeto. Así, en una biografía de Andrés Bello publicada por los hermanos Amunátegui —y contradiciendo notoriamente lo que el propio Bello pensaba al respecto—, se puede leer:

Durante los tres siglos que la América permaneció encorbada bajo el yugo de la metrópoli, la literatura no floreció en su suelo. Esos tres siglos forman un desierto literario de una aridez i monotonía espantosas. Los pocos autores que se citan en prueba de lo contrario no manifiestan fecundidad sino pobreza i esterilidad ¿Qué puede decirse de un período de trescientos años que no ha producido sino tres o cuatro poetas mediocres (Amunátegui/Amunátegui 1854: 110).

Al igual que en la valoración del legado indígena, podría suponerse que esta condena tenía un carácter retórico. Sin embargo, debe tenerse presente que, para muchos publicistas y políticos, el problema no era tanto el pasado colonial, sino su incidencia en el presente. En ese sentido debe entenderse la intervención de Lastarria, cuya preocupación era inventariar todo aquello que actuaba como una rémora que impedía avanzar a Chile en la senda del progreso material y moral. Es que la caracterización crítica del pasado colonial, era en verdad un modo de referirse en forma no siempre velada a un presente signado por relaciones socioeconómicas fuertemente jerarquizadas y por el poder e influencia que seguía detentando la Iglesia Católica —si bien el Estado mediatizaría y disminuiría cada vez más su papel en áreas como la educación, sobre todo en la década de 1850—.

Ahora bien, dentro de esta perspectiva crítica, pueden encontrarse algunos matices en la obra de autores que, con mayor sentido histórico, se proponían entender las razones que habían llevado a España a crear ese tipo de sociedad. Por ejemplo, para Hermojenes de Irisarri:

El estudio de nuestra historia colonial a cada instante nos enseña en cada una de sus severas páginas, cuantos fueron los desaciertos que se cometieron al principiarse la colonización y con qué tesón se llevó a su término el despotismo más absoluto, el sistema de exclusivismo mas contrario a los intereses coloniales y, de rechazo, mas perjudicial a los verdaderos y eternos de la metrópoli. No pretendo hacer cargos injustos, no intento juzgar a los hombres de los siglos pasados, por las ideas de hoy. Conozco la diferencia que existe entre las nociones que aquellos tenían de la cosa pública y las que ahora dominan en las naciones civilizadas. Principios incontrovertibles entónces, son hoy mirados como absurdos. A aquellos hombres es necesario juzgarlos con las luces de su siglo, con sus preocupaciones mismas, con sus usos, sus costumbres y sus leyes (Desmadryl 1854: III).

Pero esto no lo alejaba demasiado de los propósitos de quiénes condenaban sin atenuantes el dominio colonial, ya que inmediatamente resaltaba que su objetivo era entender “nuestra constitucion política y social, para ver hasta que punto aquellas ideas pudieron influir en el desarrollo de nuestra revolucion” (Desmadryl 1854: III).

Las diferencias en lo que hacía a la valoración de la experiencia colonial no siempre eran de matices, sino que también se produjeron estudios y análisis críticos de esa perspectiva antihispánica o, al menos, de algunos de sus aspectos. Más allá de las reflexiones provenientes de sectores como la Iglesia Católica, que podía tener un interés especial en

reivindicar aspectos de ese pasado, algunos letrados laicos, empezando por el propio Andrés Bello, consideraban un error el rechazo en bloque del período colonial. Por eso, aunque coincidía con muchas de las apreciaciones que había hecho Lastarria en sus *Investigaciones...*, le criticaba que su visión sesgada le impedía apreciar que, si bien bajo una modalidad singular, había sido España la introductora de la civilización en América. De ese modo, se entiende por qué en sus escritos demuestra un creciente interés en las obras que rescataban tanto aspectos de la sociedad colonial como su posible influencia benéfica en el presente. Por ejemplo, en su reseña de la *Memoria* presentada a la Universidad en 1848 por el presbítero Salas, trazaba una suerte de larga genealogía de la libertad en el pueblo chileno, por lo cual le atribuía al autor el mérito de ser de los primeros en rastrearla en la época colonial. De esta forma, podía rebatir una idea generalizada sobre el proceso revolucionario, según la cual la libertad y la república eran meras importaciones que debieron implantarse con dificultad en suelo chileno. Más aún, le atribuía al Cabildo ser depositario de esas ideas que serían retomadas en el proceso independentista, razón por la cual consideraba que era de sumo interés encarar estudios sobre esa institución (Bello 1957: 311).

Quizás el texto más significativo en el que puede encontrarse una valoración positiva del período colonial y de su influencia en el Chile republicano es la *Historia física y política de Chile* de Claudio Gay, quien reivindica la calidad de los funcionarios imperiales y los valores de honradez, probidad, sencillez, juicio y amor a la patria que distinguían a los habitantes de este territorio marginal del imperio español. Esta caracterización permite entender por qué, más allá de su estilo narrativo, su obra sufrió el rechazo de los jóvenes liberales. También explica la mayor facilidad con la que pudo estructurar en su relato el tránsito del período colonial al republicano, transición que constituyó un problema de difícil resolución para los historiadores liberales ya que, de ser cierta su valoración negativa del período colonial, el desencadenamiento del proceso revolucionario sólo podía ser el resultado de una acción exterior; situación que desdibujaría lo *chileno* en el período independentista.¹⁴ Y es en torno a este punto, el del posible accionar autónomo y consciente de la sociedad chilena –o de algún sector de la misma– durante el proceso revolucionario, donde se iban a producir importantes discrepancias que incidían en forma dramática en cualquier consideración sobre la identidad nacional y su origen.

La sociedad chilena y el proceso de emancipación

Entre los historiadores más renombrados de Chile, se destacaron Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui y Benjamín Vicuña Mackenna, cuyas obras, si bien compartían

¹⁴ Esto no hacía más que reforzar otro aspecto del pasado colonial que dificultaba la elaboración de una identidad chilena: la falta de marcas sociales, culturales, económicas o políticas que pudieran distinguir a un pueblo americano de otro. Así, para Lastarria, “[...] por mas que desee circunscribirme a nuestra patria, no me será posible dejar de referirme a toda la América española, porque en la época del coloniaje, cuya historia examino, éramos un mismo pueblo todos los americanos, un pueblo homogéneo, que partía de un mismo oríjen i se encaminaba a un mismo fin [...]” (Lastarria 1909a: 64). Es por eso que en cada oportunidad en la que señalaba la existencia de alguna particularidad chilena, inmediatamente la desvalorizaba para dejarla subsumida en la problemática del dominio colonial.

presupuestos fundamentales, cobraron diversas formas, sobre todo en lo que hace a sus estilos expositivos. Así, mientras que Barros Arana se convirtió en el historiador que exhibió con mayor precisión su oficio, Vicuña Mackenna fue quien logró dotar de mayor colorido a sus narraciones históricas. Esto se puede corroborar, por ejemplo, en su biografía del libertador O’Higgins, donde describía de este modo a la sociedad colonial chilena:

En una cama de pellones, con un burdo rebozo de bayeta echado a la cabeza, que le tapaba las sienas i la vista, el alma remojada en agua bendita i los lábios húmedos de vaporoso *chacolí*, dormía Chile, jóven i jigante, manso i gordo *huaso*, semi-bárbaro i *beato*, su siesta de colono, echado entre viñas i sandiales, el vientre repleto de trigo, para no sentir el hambre del trabajo, la almohada henchida de novenas y reliquias para no tener miedo al diablo i a los espíritus en su lóbrega noche de reposo. No habia por toda la tierra una sola señal de vida, y si solo de hartura i de pereza (Vicuña Mackenna 1860: 83).

Más allá del énfasis pintoresco, así solía ser percibida la sociedad colonial –y en gran medida su heredera republicana– por los publicistas liberales. Ahora bien, si era verdad que la sociedad chilena en el período colonial había vivido en estado de sopor, cabe preguntarse cómo pudo producirse el proceso emancipador, dónde encontró fuerzas que lo impulsaran. No es de extrañar, entonces, que las explicaciones del proceso independentista se centraran en una serie de acontecimientos fortuitos o externos, motivo por el cual se veía disminuido el papel de sus protagonistas o, en el mejor de los casos, debía apelarse a una argumentación intrincada para poder explicar ese proceso. Esta última fue la opción elegida por Lastarria en su respuesta a quienes le criticaban que su caracterización de la sociedad colonial impedía que de su seno hubieran surgido las fuerzas destinadas a combatirla para dar a luz el proceso republicano e independentista. En una nota que agregó a sus *Investigaciones...* argüía en defensa de su interpretación la existencia de un sustrato de valores y derechos inalienables propios de la condición humana, por lo que consideraba que la objeción que se le hacía

[...] carece de filosofía i desconoce el poder rehabilitador, rejenerador, que la justicia i la verdad tienen cuando aparecen triunfantes en una revolucion. Si la de la independencia, concebida i realizada por unos pocos nobles espíritus, halló virtudes en un pueblo profundamente envilecido, fué porque ella las despertó con su golpe eléctrico, nó porque existieran; i si pudo despertarlas fué porque el envilecimiento de la naturaleza humana jamas estingue, aunque apague por largo tiempo, el poder de desarrollo intelectual i moral que es conjénito e inherente al hombre (Lastarria 1909a: 79-80).

Si bien no explica cuáles eran esas virtudes, esto no parece grave, ya que las mismas pueden imaginarse con facilidad: patriotismo, coraje, sentimiento de justicia. Los problemas que deja sin resolver su análisis son otros: si esas virtudes no existían, cómo fue que se despertaron; y si existían, desde cuándo considera que estaban envilecidas, si toda la etapa colonial y no sólo una parte de la misma había producido a esa sociedad. Por eso, páginas más adelante desarrolla con mayor franqueza el problema cuya resolución consideraba de vital importancia para dotar de sentido tanto al pasado como al presente de Chile:

Atendamos lo que fué nuestra sociedad para ver lo que debe ser i lo que será ¿Estaba o no preparada para entrar a nueva vida i someterse a un sistema diametralmente opuesto al que la

rijió tres siglos, i bajo el cual se desenvolvió su existencia? Nó por cierto: el colono habia sido precisamente educado para vivir siempre ligado a la servidumbre, i para no desear ni conocer siquiera una condicion mejor que aquella a que estaba sometido; las leyes i las costumbres conspiraban de consuno a ocultarle su importancia moral i a destruir su individualidad; el colono, en fin, no tenia conciencia de si mismo i todo él, su vida i sus intereses estaban absorbidos en el poder real i teocrático, del cual dependía íntegramente. El sistema colonial se apoyaba, pues, en las costumbres i marchaba con ellas en la íntima unidad i perfecta armonia. Esta verdad nos da a conocer cuán absurdo seria considerar nuestra revolucion como un efecto de nuestra civilizacion i de nuestras costumbres, tal como puede considerarse la de Norte-América i hasta cierto punto la de Francia [...] Era necesario que acontecimientos enteramente estraños i casuales para los colonos vinieran a despertarlos del letargo i a presentarles una ocasion feliz para emanciparse.¹⁵

La única respuesta posible era entonces atribuir el movimiento a unos pocos esclarecidos que supieron entender la oportunidad histórica que se presentaba. Es por eso que esta última interpretación se transformó en un lugar común a la hora de entender el proceso revolucionario. Más aún, también solía sostenerse que muchos de los revolucionarios tampoco alcanzaban a percibir del todo la situación, ya que se contentaban con lograr una mayor presencia de criollos en la administración y con la introducción de algunas mejoras en la misma, pero no aspiraban a la separación de la metrópoli. Por ejemplo, en su biografía de Camilo Henríquez, Miguel L. Amunátegui sostenía que el proyecto de emancipación les habría causado pesadillas a los próceres, ya que éstos se contentaban con obtener algunas reformas e incrementar sus derechos, razón por la cual exaltaba la figura de su biografiado, quien fue el primero en sostener públicamente la necesidad de independizarse (Desmadryl 1854: 25-6).¹⁶

Otro aspecto que aparece en numerosos relatos y que también pone en cuestión cuáles habían sido los objetivos de los revolucionarios, es la supuesta ineptitud del presidente Carrasco, máxima autoridad en Chile hacia 1810, cuyo torpe accionar fue el que habría provocado la convocatoria a una Junta Gubernativa el 18 de septiembre de 1810. Con lo cual se reintroducía el problema de la conciencia de los revolucionarios: si verdaderamente lo habían sido; si la adhesión a Fernando VII, el monarca cautivo de Napoleón, era tan sólo una máscara; si actuaban de ese modo para no apurar un proceso que carecía aún de adhesión social.¹⁷ En ese sentido, Lastarria resumía muy bien las preocupaciones al respecto al señalar en sus *Investigaciones...* que

Es para mí todavía un problema si en este modo de proceder influyó la prudencia de los autores de nuestra revolucion, o el temor de chocar bruscamente con las preocupaciones sin tener elementos para vencerlas o bien la limitacion de sus aspiraciones, reducidas tal vez únicamente al bien de no ser gobernados por un poder extraño que no estaba revestido de la

¹⁵ Estos acontecimientos eran la abdicación de Bayona y el surgimiento de Juntas en España y en América, que habían despertado a algunos chilenos de su apatía (Lastarria 1909a: 129 y 131).

¹⁶ Del mismo modo, Barros Arana sostenía: “Si se hablaba en 1810 de la segregacion de la metrópoli, se la consideraba una idea hipotética de imposible consecucion, que no hallaria eco en ninguna cabeza” (Barros Arana 1854: 55).

¹⁷ Problemas similares se presentan en los análisis que numerosos letrados rioplatenses hacían de la Revolución de Mayo durante la primera mitad del siglo XIX. Al respecto cfr. mi trabajo Wasserman (2001).

majestad de los reyes. Curioso i en gran manera útil seria investigar para resolver esta cuestion cuál de esos móviles o si todos ellos simultáneamente produjeron la conducta de nuestros revolucionarios; pero yo no me detendré en ello, porque lo espuesto basta a mi propósito de manifestar la influencia del sistema colonial en los primeros actos de la revolucion de nuestra independencia. Como quiera que sea, estoi persuadido de que ésta fué lenta i progresiva, parcial i no radical, obra de unos pocos varones ilustres i no nacional, precisamente a causa de este influjo. No estando preparada la sociedad para recibir el impulso rejenerador, era de consecuencia fatal que se ciñera únicamente a combatir por su libertad política, porque si se hubiese avanzado a romper bruscamente con el pasado, a proclamar su completa rejeneracion, aun teniendo jenios elevados que la dirigieran en su santa empresa, se habria estrellado en mil resistencias poderosas i no habria alcanzado su triunfo; sino con un completo estermio i derramando proporcionalmente mas sangre que la que costó la revolucion de Francia (Lastarria 1909a: 133-4).

Es decir que a pesar de que los letrados chilenos se volcaban hacia el pasado revolucionario buscando en él algunas claves que permitieran estructurar una conciencia o una identidad nacional, se encontraban con que el mismo ofrecía en no pocas ocasiones más problemas que soluciones. En ese sentido, se destaca una posición que pone en cuestión las relaciones entre la conciencia de los actores y la Revolución. En algunos de sus incontables escritos, Vicuña Mackenna abogó por suplantar la fecha patria del 18 de septiembre de 1810 por la del 1 de abril de 1811 cuando, tras el fracaso de un motín pro-español, se abrió paso a una postura claramente independentista. Y si bien su propuesta que ponía en duda cuál debía ser la fecha patria no encontró eco, permite visualizar algunos de los problemas que se les planteaban a las elites chilenas a la hora de representarse el proceso revolucionario y, más aún, a la hora de filiar en él su identidad.

El proceso revolucionario y los conflictos facciosos

El complejo proceso político que se desarrolló a partir de la descomposición del orden colonial dificultaba la construcción de un pasado en el cual reconocerse con facilidad, no sólo por las dudas sobre las verdaderas intenciones de sus protagonistas, sino también por haber dado lugar a una lucha entre facciones que dividiría por largos años a las elites chilenas, lo cual se manifestaría en la existencia de un sector moderado partidario de O'Higgins, y de otro radicalizado, partidario de los hermanos Carrera.¹⁸

En relación a estos conflictos resulta de sumo interés la lectura de la *Galería Nacional* (Desmadryl 1854 y 1859), ya que allí aparecen representadas las distintas posiciones que existían al respecto. Más aún, llama la atención el hecho de que en un mismo libro se reproduzcan posturas tan diversas sobre el período revolucionario y sus protagonistas, lo cual no podía ser de otro modo, ya que todas las biografías eran laudatorias del personaje en cuestión. Los ejemplos más notorios de estas divergencias aparecen con

¹⁸ Otra cuestión problemática en ese sentido, y que aquí no podemos desarrollar, era el reconocimiento de que por momentos la guerra de independencia había sido en verdad una guerra civil, ya que ambos ejércitos estaban conformados por chilenos que, para peor, se pasaban de bando según fueran sus conveniencias circunstanciales.

gran nitidez en las dedicadas a figuras que se habían enfrentado entre sí como O'Higgins, José Miguel Carrera y Manuel Rodríguez. Así, Juan Bello, el biógrafo del primero, lo exculpa de la muerte de los otros dos y de las acusaciones de concentrar el poder que produjeron su caída en 1823, mientras que Diego José Benavente, el biógrafo de Carrera, y Guillermo Matta, el de Rodríguez, no hacen más que culpabilizarlo de esos crímenes.

Pese a todo, Matta intenta resolver el dilema de contar con próceres no sólo enfrentados, sino acusados de perpetrar actos condenables desde todo punto de vista. Para ello, admite que no pueden obviarse los males de los próceres, pero afirma que el hecho de haber luchado por la emancipación y la regeneración los convertía en patriotas. Pero su mayor interés no era restablecer la verdad histórica, sino apaciguar las disputas que se habían prolongado por varias décadas entre los seguidores de ambos líderes. Por eso aseguraba, aunque esto fuera fácilmente rebatible, que el odio entre O'Higgins y Carrera no había sido mayor que el que tenían sus herederos (Desmadryl 1854: 116). Para Matta, entonces, todas esas personalidades habían contribuido a la emancipación de Chile y por eso sólo debían ser reconocidas en tanto próceres. Esto le permitía, si no exculparlos, al menos re-situar la discusión sobre el pasado en un plano que no afectara su presente al dividir agriamente la opinión de las elites. De ese modo, la Revolución y la guerra de independencia debían transformarse en verdaderas prendas de unidad, en tanto dadoras de sentido a una experiencia comunitaria, más allá de las divergencias y los odios de sus miembros.

Ahora bien, esta experiencia tenía la particularidad de aparecer como un emprendimiento que excedía a sus actores, sin que éstos hubieran podido dominarlo o dirigirlo.¹⁹ Por eso, no parece extraño que muchas biografías de esa colección dejaran entrever que en verdad debía considerarse a la Revolución como el verdadero sujeto productor de la Historia y, de ese modo, era ella misma la que había generado a sus protagonistas. Esta noción se explicita fundamentalmente en las biografías de aquellos que, por no pertenecer a familias de primer orden, hubieran estado destinados a permanecer en la oscuridad de no haberse producido esa transformación política. En el caso de O'Higgins, esto se debía a su condición de hijo natural de un virrey, que lo habría condenado para siempre a ser una figura secundaria en una sociedad como la chilena. También se lo puede percibir en la biografía de José Ignacio Zenteno realizada por Antonio García Reyes, quien resaltaba que fue la Revolución la que produjo muchos hombres eminentes, como era el caso de su biografiado que no pertenecía a ninguna familia importante. O en la de Ramón Freire, escrita por Pío Varas, quien comienza su relato destacando que sin la Revolución, su personaje habría llevado la vida oscura de la Colonia.

Del mismo modo, la Revolución cobraba un carácter que excedía el de haber producido una mera transformación política, para convertirse no sólo en la dadora de nuevo sentido a la vida de muchas personas, sino también en la forjadora de una nueva sociedad o, más bien, de una nueva nación. Con esto se reforzaba y re-significaba la aso-

¹⁹ De ahí la apelación a metáforas o imágenes de fenómenos naturales que no podían ser controlados y quizás tampoco previstos por los hombres: "Nuestra independencia fué, pues, una de esas grandes avalanchas, cuyo origen es un pequeño copo de nieve, pero que, acrecentada en su caída, derriba cuanto encuentra en la llanura" (Barros Arana 1854: 55). Para un análisis de tópicos *naturales* a modo de explicación o descripción del proceso revolucionario en el Río de la Plata, cfr. Wasserman (2001: 60).

ciación del carácter chileno a lo bélico que, se sostenía, provenía de la Conquista y la Colonia. Nuevamente, sería Vicuña Mackenna quien expondría la visión más original al respecto al reivindicar el verdadero desastre que habían sufrido las armas patriotas hacia 1814 en Rancagua –batalla que determinó el fin de la Patria Vieja y la recuperación de Chile para las fuerzas realistas–, ya que consideraba que en ese combate se había forjado la conciencia nacional chilena y la necesidad de su independencia. Es que a pesar de las divergencias entre Carreras y O’Higgins, que habían coadyuvado a ese desastre, el pueblo había tenido un comportamiento que, más que heroico, fue propio de un mártir, lo cual hizo dejar de lado las luchas facciosas sentando las bases de su libertad al poner en claro la existencia de dos alternativas: seguir siendo colonia o emanciparse (Vicuña Mackenna 1860: 206-229).

Consideraciones finales

Más allá de los problemas que planteaba poder determinar cuáles habían sido las metas de los revolucionarios, qué grado de conciencia tenían del proceso que habían protagonizado y cuál había sido la participación de la población en esa gesta, para la elite chilena era evidente que el proceso revolucionario e independentista había hecho cobrar forma a una nueva nación con destino de grandeza y edificada sobre un conjunto de valores que la destacaban frente a las repúblicas vecinas y sobre los cuales, más allá de algunas diferencias, se había producido un importante consenso, fundamentalmente en lo que hacía a la conformación de la identidad nacional chilena.

Pero este consenso no puede ocultar la presencia de algunas dudas sobre cómo terminaría de cobrar forma la misma, planteadas sobre todos por aquellos que se mostraban críticos respecto del orden sociopolítico vigente. En ese sentido se nos ocurre de interés retomar algunas reflexiones de Lastarria relativas al carácter nacional chileno. En sus *Investigaciones...* argumentaba que dicho carácter era el resultado del mestizaje producido por el encuentro de la sociedad colonial con la indígena, a lo que también añadía la existencia de determinaciones geográficas, para lo cual citaba la autoridad de Herder. Sin embargo, no estaba del todo seguro de que esa identidad pudiera ser fácilmente aprensible dada la poca densidad histórica de la experiencia chilena y la falta de criterios definitivos sobre cómo valorarla, entre otros motivos, por no haberse terminado de operar del todo la transición entre lo que había sido la sociedad colonial y lo que debía ser la republicana.²⁰ Dicho de otra manera: el pasado colonial todavía formaba parte de su presente

²⁰ “[...] no sería posible diseñar bien a las claras los rasgos peculiares de este carácter, aunque se pueda fijar el oríjen de las preocupaciones i la tendencia de la costumbre de las jeneraciones criollas que se han sucedido hasta nuestros días; i la razon de esta imposibilidad se encuentra en varias circunstancias, entre las cuales figuran como las primeras la corta edad de nuestra nacion i la reaccion casi violenta que ha obrado en ella la revolucion de nuestra independencia. La época de transicion en que nos hallamos, hace, pues demasiado difícil este estudio, aunque no hasta el grado de impedirnos vislumbrar algunas modificaciones de nuestra nacionalidad. Procuremos investigar: observemos al araucano, infatigable viajero, ciego amante de su independencia; veamos su carácter soberbio, independiente, valeroso, inconstante, disimulado, irritable, poco jovial i siempre taciturno; i preguntémosnos si jeneralmente hablando no se descubren estos mismo rasgos en todo nuestro pueblo i particularmente en el mestizo.

y, seguramente, seguiría incidiendo en el futuro inmediato. De ahí la necesidad del conocimiento histórico ya que, más allá de las valoraciones diversas que pudieran hacerse sobre el pasado, no cabía duda de que el mismo no podía ser ignorado si se querían dilucidar las características de esa sociedad para poder así incidir en su desarrollo. En ese sentido debe entenderse la relación que Lastarria buscaba establecer entre el pasado y los elementos que debían conformar la identidad nacional chilena, aunque la misma no hubiera madurado aún del todo, motivo por el cual creía hacia 1844 que

[...] la época de transición en que nos hallamos i la poca luz que la historia de nuestro pasado arroja sobre este punto, hacen que nos sea difícil, si no imposible por ahora, observar a punto fijo las prendas jeniales de nuestra sociedad (Lastarria 1909a: 126).

Esa dificultad o imposibilidad de fijar en forma definitiva los atributos que debían constituir la identidad nacional chilena procuraría ser resuelta durante esos años. En ese sentido debe entenderse la vasta producción discursiva que, alentada en gran medida por la existencia y el accionar del Estado nacional, hizo del pasado y de su relación con el presente el centro de su interés y que, como quisimos destacar a lo largo del artículo, distinguió la vida cultural chilena de mediados del siglo XIX.

Bibliografía

- Amunátegui, Miguel Luis/Amunátegui, Gregorio Víctor (1854): *Biografías de Americanos*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional.
- Anderson, Benedict (1993): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ávila Martel, Alamiro de (1947-8): “Los estudios históricos en los primeros años de Chile independiente”. En: *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. XX-XXI, Buenos Aires, pp. 366-399.
- Barros Arana, Diego (1854): *Historia jeneral de la independencia de Chile*, tomo I. Santiago de Chile: Imprenta Chilena.
- Bello, Andrés (1957): *Temas de Historia y Geografía. Obras Completas*, tomo XIX. Caracas: Editorial: Ediciones del Ministerio de Educación.
- Colmenares, Germán (1997): *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Collier, Simon (1983): “Conservatismo chileno, 1830-1860. Temas e imágenes”. En: *Nueva Historia. Revista de Historia de Chile* (Londres), año 2, n.º 7, pp. 143-163.
- (1989): “Gobierno y sociedad en Chile durante la “República Conservadora” 1830-1865”. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”*, Tercera Serie, n.º 1, pp. 115-126.

Atendamos por otra parte a la influencia del sistema colonial i al conocido carácter español, i encontraremos un medio lójico de explicar en nuestra sociedad el fanatismo, la intolerancia, el disimulo, o mas bien, la hipocresía con que se encubren las emociones mas tiernas del corazon i las opiniones mas justas i lejitimas por temores quiméricos; explicaremos finalmente esa lealtad y nobleza de espíritu, esa cordial fraternidad, ese entusiasta amor a la patria, esa feliz docilidad sin abatimiento que siempre han caracterizado nuestra nacionalidad” (Lastarria 1909a: 125).

- Collier, Simon/Sater, William (1996): *A History of Chile, 1808-1994*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Desmadryl, Narciso (dir.) (1854): *Galería Nacional o Colección de Biografías y Retratos de Hombres Célebres de Chile*. Tomo I. Santiago de Chile: Imprenta Chilena.
- (dir.) (1859): *Galería Nacional o Colección de Biografías y Retratos de Hombres Célebres de Chile*. Tomo II. Santiago de Chile: Imprenta Chilena.
- Domeyko, Ignacio (1971): *Araucanía y sus Habitantes. Recuerdo de un viaje hecho en las Provincias Meridionales de Chile en los meses de enero y febrero de 1845*. Buenos Aires: Ed. Francisco de Aguirre (1.^a ed.: Santiago de Chile, 1845).
- Donoso, Ricardo (1975): *Las ideas políticas en Chile*. Buenos Aires: Eudeba.
- Edwards Vives, Alberto (1952): *La Fronda Aristocrática. Historia política de Chile*. Santiago de Chile: Ed. del Pacífico.
- Feliú Cruz, Guillermo (1965a): “Andrés Bello y la historiografía chilena”. En: *Mapocho*, año IV, tomo IV, n.º 3, pp. 231-263.
- (1965b): *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile 1808-1826*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Gay, Claudio (1844-1871): *Historia física y política de Chile* (8 vols.). París: Imprenta de Fain y Thunot.
- Góngora, Mario (1986): *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Krebs, Ricardo (1984): “Orígenes de la conciencia nacional chilena”. En: Buisson, Inge et al. (eds.): *Problemas de la formación del estado y de la nación en Hispanoamérica*. Bonn: Inter Naciones, pp. 107-125.
- Lastarria, José Victoriano (1909a): *Investigaciones sobre la Influencia social de la conquista i del Sistema colonial de los españoles en Chile*. En: *Obras Completas*. Santiago de Chile, Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, tomo VII, pp. 17-143 (1.^a ed.: Santiago de Chile, 1844).
- (1909b): *Bosquejo histórico de la Constitución del Gobierno de Chile durante el primer período de la revolución desde 1810 hasta 1814*. En: *Obras Completas*. Santiago de Chile: Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, tomo IX, pp. 37-156 (1.^a ed.: Santiago de Chile, 1847).
- Pérez Rosales, Vicente (1946): *Recuerdos del Pasado (1814-1860)*. Buenos Aires: Jackson.
- Pinilla, Norberto (1942): *La Generación Chilena de 1842*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile.
- (1943): *La polémica del Romanticismo*. Buenos Aires: Americalee.
- Quijada, Mónica (1994): “¿Qué Nación? Dinámicas y dicotomías de la Nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX”. En: Guerra, François-Xavier/Quijada, Mónica (eds.): *Imaginar la Nación*. (Cuadernos de Historia Latinoamericana 2). Münster-Hamburgo: AHILA, pp. 15-51.
- Ramos, Julio (1989): *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Política y literatura en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sarmiento, Domingo F. (1948): “Investigaciones sobre el sistema colonial de los españoles por J. V. Lastarria”. En: *Obras Completas*. Buenos Aires: Luz del día, tomo II, pp. 215-222 (1.^a ed.: *El Progreso*, 27/9/1844).
- Serrano, Sol (1993): *Universidad y Nación. Chile en el siglo XIX*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- (1998): “La escuela chilena y la definición de lo público”. En: Guerra, François/Lempérière, Annick (eds.): *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 340-362.
- Serrano, Sol/Jaksic, Iván (1990): “In the Service of the Nation: The Establishment and Consolidation of the Universidad de Chile, 1842-79”. En: *Hispanic American Historical Review*, 70, 1, pp. 139-171.

-
- Stuven, Ana María (1990): “Polémica y cultura política chilena, 1840-1850”. En: *Historia*, vol. 25, pp. 229-253.
- Vicuña Mackenna, Benjamín (1860): *El ostracismo del Jeneral D. Bernardo O’Higgins*. Valparaíso: Imprenta i Librería del Mercurio de Santos Tornero.
- Wasserman, Fabio (2001): “De Funes a Mitre: imágenes de la Revolución de Mayo durante la primera mitad del siglo XIX”. En: *Prismas. Revista de Historia intelectual* (Bernal, Universidad Nacional de Quilmes), año 5, n.º 5, pp. 57-85.
- Woll, Allen (1974): “The Philosophy of History in Nineteenth-Century Chile: The Lastarria-Bello Controversy”. En: *History & Theory*, vol XIII, n.º 3, pp. 273-290.
- (1982): *A functional Past. The Uses of History in Nineteenth Century Chile*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.